Almanaque Gallego

BUENOS AIRES

* 1900 *

Cuadro de Fierros

DON AGUSTIN MARIA ACEVEDO

A mi excelente amigo el distinguido hijo de Asturias Sr. D. Angel R. Carlavio

I

Hacía años, el autor de estas líneas conocía los relevantes méritos de D. Agustín M.ª Acevedo; pero no sabía que había nacido en Galicia el que así se llamara: suponíale de Asturias, cuna de su padre (1) y de su hijo el reputado jurisconsulto, orador y literato D. Romualdo Acevedo Rivero. Una feliz casualidad vino á desvanecer su error.

Es el caso que una tarde veraniega del mes de julio de 1890, fuí á visitar al Sr. Acevedo Rivero, entonces convecino y siempre buen amigo mío; y dicho señor, apenas me vió, levantóse de la mesa á que estaba sentado, y se acercó á mí con su afabilidad acostumbrada; pero, antes de saludarle, y temeroso de interrumpirle en alguno de los estudios forenses á que consagra preferente atención en la ciudad lucense, le pregunté con franqueza:

— ¿Está V. ocupado?

— Nunca lo estoy para V. — contestóme con acento cariñoso. — Escribía, añadió, al Director del Instituto de Badajoz, D. Máximo Fuertes, diciéndole que no puede figurar en su proyectada *Galería de Asturianos ilustres* la biografía de mi padre, aunque sí la de mi abuelo, acerca del cual le enviaré las notas que me pide.

— ¿No era asturiano el padre de V.?

— Eso creo Fuertes, y eso creía la mayor parte de los que le conocieron; pero lo cierto es que mi padre nació en Rivadeo.

Esas palabras me causaron viva sorpresa. ¿No era extraño que en tantas y tan diversas conversaciones como había sostenido con el Sr. Acevedo Rivero, nunca, hasta entonces, se le ocurriera decirme que su padre era gallego, máxime cuando sabía que yo andaba á caza de datos inéditos para mi humilde colección de efemérides galáicas?

(1) D. Ramón M. López Acevedo, catedrático del Instituto de Oviedo, liberal ardiente, periodista de ingenio y travesura: redactó con aceptación grande *El Ciudadano* y *La Ensalada*, de dicha capital. Desterrado á Londres, por sus ideas y compromisos políticos, se relacionó con los emigrados más notables y especialmente con Mina. Allí murió á la edad poco más de 30 años.

No quiero limitarme á incluir en ella, con el exagerado laconismo propio de estos trabajos, al Sr. D. Agustín María Acevedo; y, ya que no me es posible escribir la biografía completa ni la crítica de los trabajos científicos y literarios de este preclaro gallego, daré al menos algunos apuntes que reverdezcan su grata memoria.

II

Don Agustín María Acevedo y Rodríguez nació el día 4 de junio de 1806.

En la Universidad de Santiago siguió con brillantez y aprovechamiento verdaderamente notables, la carrera de Medicina. Más tarde se doctoró en Madrid.

Dedicado con afán al ejercicio de su profesión, sus estudios concienzudos y su espíritu de observación profunda le dieron, con triunfos continuados, fama y reputación extraordinarias.

El 3 de julio de 1834, se le nombra por la Real Academia de Medicina y Cirugía de la Coruña, subdelegado de ambos ramos en el partido de Castropol. En 1839 asistió en el concejo de Santa Eulalia de Oscos, con éxito afortunado, á los numerosos atacados de una fiebre tifoidea, de la que, á instancia de la Junta local de Sanidad, trató en una luminosa Memoria que llamó la atención y mereció el aplauso de la Junta Suprema de Sanidad del Reino. La Alcaldía de Villaviciosa, de donde fué médico titular, le manifiesta en el año 1843 la gratitud á que se había hecho acreedor por el celo que desplegara en la asistencia y curación de una fiebre tifoidea declarada en Noyorio y otros puntos de aquel municipio. En 26 de noviembre de 1844, le ofrece el Ayuntamiento de Avilés la plaza de médico cirujano de aquella villa. En 1.º de octubre de 1853, el Iltmo. Sr. D. Domingo Alvarez Arenas, rector de la Universidad ovetense, le nombra catedrático interino de Historia natural. El gobernador civil de Oviedo, ciudad en que estuvo establecido algunos años, le da en 9 de marzo de 1855, en nombre de S. M., las gracias por los servicios que prestara cuando, á fines del año anterior, se desarrolló el cólera-morbo en la capital de Asturias, mandando que se haga mención honorífica de aquéllos en la *Gaceta*. En 1859, pasa de Oviedo á Madrid para tomar parte en las oposiciones á Direcciones de baños minerales; y, después de brillantísimos ejercicios, muy aplaudidos por la prensa facultativa, que le valieron el obtener el primer lugar de la primera terna, siendo ocho las vacantes y más de 200 los opositores, se le concedió la de los de

Arteijo, provincia de la Coruña, acerca de los cuales redactó una Memoria considerada por el Consejo de Sanidad, digna de premio; y estuvo al frente de dicho establecimiento hasta 1871, en que, por concurso, pasó á desempeñar la Dirección de Caldas de Besaya (Santander), donde falleció el 2 de junio de 1874.

Además de las Memorias antes citadas, el Sr. Acevedo publicó otras varias, premiada una — sobre las diátosis — por la Academia de Medicina y Cirugía de Madrid; dió á conocer muchos casos prácticos, de los cuales hace especial aprecio y mención el señor Escolar, en su conocida Monografía de enfermedades de la piel (1) y escribió, asimismo, series de artículos sobre Filosofía médica, primero, en el *Boletín de Medicina y Cirugía*, y después en *El Siglo Médico*, periódicos de Madrid. Esa serie de artículos ha valido á su autor grandes alabanzas de esclarecidos compañeros de profesión, entre ellos D. Federico Rubio, D Serapio Escolar y D. Joaquín Quintana, así como de los periódicos facultativos nacionales y algunos del extranjero.

De los elogios que ha merecido, uno de los más cumplidos y expresivos, y quizá de los más valiosos, porque su autor ni aun por cartas había tenido relaciones con el Sr. Acevedo, es el que D. Mariano Cubí y Soler hace en una de sus obras más celebradas.

« Faltaría á un deber que me impone la ciencia y la gloria nacional — dice el frenólogo español (2) — si, al hablar de la Jenerativiad, no diese á conocer á ustedes algunos trabajos nuevos en su género de un español ilustre, sobre el modo de funcionar el sistema nervioso por medio de lo que él llama *fluído eléctrico animal*. Lo que este sabio español ha dicho sobre la materia es *nuevo*, y se halla en unas series de artículos insertos en el *Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia*, que se publica en Madrid. Que yo sepa, no se han publicado en obra separada estas observaciones. ¡Cosa extraña en una época en que tanto malo, envuelto en poco bueno se publica, unos artículos de un mérito literario y científico verdaderamente extraordinario, conteniendo acaso el germen de descubrimientos más fecundos é importantes que cuantos se han visto, se hallan sepultados en una publicación periódica especial que pocos ven y

(1) Página 555 de « La Frenología y sus glorias.—Lecciones de Frenología », ilustradas con profusión de auténticos retratos y varios diseños. — Barcelona: Imprenta Hispana; 1853.

(2) He tomado muchos de los datos hasta aquí citados, de una copia de la relación de méritos de que dió fe en 10 de febrero de 1865, D. José Curros y Casal, escribano y notario de Compostela.

menos leen. *D. Agustín María Acevedo*, autor de estos artículos que derraman la única luz científica que hasta ahora tengamos sobre el magnetismo, será ó no será frenólogo; pero lo que sí es cierto, que él ha descrito mejor de lo que nadie hasta ahora ha concebido, el modo fisiológico de producirse las impresiones en el sentido extracraneal de la Jenoratividad al trasmitirle el alma su energía mental. Es de esperar que este dotado español publique sus trabajos en un libro separado á fin de facilitar y generalizar su lectura; sino con el objeto de aumentar su gloria literaria, que acaso á él le importa poco, al menos para fomentar el progreso científico y realzar las glorias de su patria.»

No obstante el consagrarse con verdadero entusiasmo y ardor al ejercicio de su profesión, el Sr. Acevedo, que era amante de las bellas letras, se dedicaba también en ocasiones y por vía de solaz y entretenimiento, á trabajos puramente literarios, uno de los cuales, merced á los reiterados ruegos de su amigo, el eximio literato y catedrático, que fué, de la Universidad compostelana D. Gumersindo Laverde Ruiz, publicó en la *Revista de España* (año 1870), con el anagrama de *Tirso Aguimana de Veca*. Se titula: *Una temporada en el más bello de los planetas*, y es obra del género novelesco. Se recomienda por la hermosura del estilo y de su dicción, el color y viveza de las descripciones, el interés de las escenas ó cuadros, y la naturalidad y animación del diálogo.

El Sr. Acevedo era extremadamente modesto y no gustaba de exhibiciones ni exterioridades. Por eso no fué tan conocido como merecía por su raro talento, vasto saber y cívicas virtudes.

III

Al terminar este artículo, leo lo siguiente en un curioso *Apéndice á los Apuntes de Rivadeo. — Construcción de la Iglesia de Santa María*, que ha publicado *Las Riberas del Eo*, periódico de aquella villa:

«D. Pedro Rodríguez Campomanes es el que en 1774 era Fiscal del Consejo cuando se creó en esta villa la «Casa de enseñanza de cregüelas ó coletas, brabantes ó presillas y cintería de hilo fina y ordinaria», conocida con el nombre de Fábrica de lienzo, y ya que Rivadeo no tiene ningún hijo que se haya hecho célebre, podía dar el nombre de Campomanes á alguna de sus mal empedradas calles si el alma del ilustre D. Pedro no lo tomara á mal. Vivero tuvo hace poco á Pastor Díaz, Mondoñedo tuvo antes á Febrero y Rodil

267
Almanaque Gallego - 1900

Santiago de Foz vió nacer á Alvaro de Isorna, arzobispo de Santiago á mediados del siglo XV, gran Maestre de Alcántara, preceptor de Enrique III, que bautizó al IV de este nombre y asistió al concilio de Basilea, 17.º de los ecuménicos. La inmediata villa de Navia es patria de Campoamor; sólo Rivadeo no puede enorgullecerse con ningún hijo célebre. Otra vez será. »

Y ya lo es: « hay grados en todo ». A los pueblos en que nacen, honran, pero sobremanera, personalidades como la del eminente médico y sabio escritor D. Agustín María Acevedo.

M. CASTRO LÓPEZ.

EL HOMBRE Y EL PERRO

(FÁBULA)

Cuentan que en tiempo del buen rey Pepino,
Un perro á quien llamábanle *Galopo*,
Y que era bruto para hablar ladino
Como los de las fábulas de Esopo;
Cuentan, decía, que una vez, estando
Galopo en cierta calle dado al sueño,
Pasó por aquel sitio un tal Jareño,
Que, por ir á una moza contemplando
Y venirle á la vez un estornudo,
Dió al can un pisotón morrocotudo.
Como era natural, armóse un cisco:
Abalanzó á Jareño el perro arisco;
Cayó el bueno del hombre de rodillas,
Y por poco no pierde, de un mordisco
Una de sus robustas pantorrillas.
Y como el perro de mi cuento hablaba,
En *humano* lenguaje al hombre insulta;
Y entremezclando de asquerosa baba
Más de una frase que propina, inculta,
Dice, por fin, con voz cual de becerro:
« ¡Se habrá visto en el mundo hombre más perro! »
¡Un perro motejar de perro á un hombre!
¡Oh, lector! este colmo no te asombre,
Pues ya sabemos que don Juan Porcino,
Que parece al hablar como que ladra,
Siempre que dice mal de algún vecino,
Es justamente lo que á él le cuadra.

ABÉN - ¡ZÁS!

Buenos Aires, agosto de 1899.